

El Homenaje Tributado a la Memoria de Don Juan Zorrilla de San Martín

El 28 de Diciembre se le tributó a la memoria esclarecida del poeta de la patria un sentido homenaje que bajo el patrocinio de la Junta Nacional, organizó y realizó con todo éxito el Consejo Nacional de Jóvenes. En el Panteón Nacional se colocó una artística placa, obra del Sr. Mario Viola que lucía la insignia de la Acción Católica con esta leyenda: "Al poeta de la Patria, Juan Zorrilla de San Martín, la Federación Uruguaya de Jóvenes Católicos". Asistieron a esta ceremonia el Sr. Arzobispo de Montevideo, las altas autoridades de la A. C. y una cantidad considerable de público. Hicieron uso de la palabra exaltando obra y vida del creador de "Tabaré", el Rvdo. Padre José María Vidal, el Sr. Julio Pandolfo en representación de la Junta Nacional y Consejo Nacional de la A. C., y el profesor Carlos Real de Azúa. La banda de música del 5.º de Infantería dirigida por el teniente, Sr. Alfredo Pignalosi, prestó su colaboración valiosa.

Discurso del R. P. José María Vidal S. S.

Excmo. Sr. Arzobispo, Sras., Sres.:

Hoy el Poeta cumpliría ochenta y un años. Ya no los cumple, ya no está sujeto a estas pequeñas contingencias del tiempo, porque ha entrado de lleno en la eternidad, que es "interminabilis vitae tota simul ac perfecta possessio": la posesión total y simultánea de una vida interminable.

Pero nosotros, los que todavía medimos nuestra existencia por las horas, esas piedras miliarias fijas a lo largo del camino que huye bajo nuestros pies, nosotros conmemoramos aquí en la tierra el cumpleaños de Juan Zorrilla de San Martín.

Y hoy venimos a celebrarlo trayendo una placa para esa tumba que todo el pueblo uruguayo quiso ver colocada en este descanso de los hijos grandes de la Patria.

En nuestra modesta ofrenda hemos grabado una lacónica inscripción: "Al Poeta de la Patria". Nada de retumbantes ditirambos, nada de enfáticas declamaciones, nada de ampulosos panegíricos: el lenguaje breve, sencillo, categórico de la verdad: "Al Poeta de la Patria".

En este epitafio de cinco palabras se encierra toda la noble ejecutoria de Zorrilla de San Martín y la prez más alta de la tierra que le sirvió de cuna.

La patria que tiene un verdadero poeta, "su"

poeta, posee y conserva todo lo que necesita para su inmortalidad.

Yo no voy a buscar la Hélade en su territorio desmembrado, en sus armoniosas islas repartidas entre las potencias: la Grecia de un día ya no existe en el mapa geográfico; pero persiste, indestructible y eterna, en las rapsodias de Homero.

Yo, aunque observo en la realidad contemporánea una Italia grande y unificada, que prospera y triunfa e invade el mundo con las legiones de sus hijos inteligentes y laboriosos, más que en todo eso que se mueve y pasa, la veo en eso otro que ya no padecerá las vicisitudes históricas, porque es permanente, perenne e inmortal: la *Divina Comedia*, Dante, el poeta.

A Inglaterra, mas que en ese grandioso imperio, que ahora mismo acaba de darnos, en un momento crítico de su historia, un maravilloso ejemplo de equilibrio estable, de cohesión vital, la encuentro invicta, omnipotente e imperecedera en las páginas de Milton y de Shakespeare.

Y por cima de la catástrofe de la España trágica del instante, que se desangra y envía a los aires en pavesas sus hogares y sus monumentos, sus bibliotecas y sus archivos, yo descubro la permanencia de la entidad hispánica en los trazos indelebles de la pluma de Cer-

vantes, de Lope y de Calderón, de los poetas, del poeta de lengua castellana.

Podrá amenazar un nuevo retroceso a Portugal, que hoy pugna noblemente por la reconstrucción de su grandeza épica; pero mientras Camoêns levante en su brazo *Los Lusíadas*, vivirán Lusitania y su gloria.

Y aunque, ¡Dios no lo permita!, por factores humanos, más formidables a veces que los trastornos telúricos, llegara a desorganizarse como nación esta realidad viva y querida, esta patria encerrada entre las aguas del Uruguay y el Atlántico, del Cuareim, el Yaguarón y el Plata, no hemos de anodarnos: mientras haya bocas aptas para pronunciar con admiración el nombre de un hijo grande de un terruño; mientras existan oídos donde pueda resonar la narración de las gestas de un país heroico; mientras vibren inteligencias y palpiten corazones capaces de comprender la "leyenda áurea" de una nación y de entusias-

marse por ella; en una palabra, mientras alienen hombres en la tierra, vivirá el Uruguay, porque vivirá su Poeta.

Lo fué de verdad, lo fué en plenitud: fué el *hacedor*, que esto significa etimológicamente "poeta"; el que vació en la forma del arte nuestra historia; el que infundió la vida triunfante de la belleza en las tradiciones uruguayas; el que dió a la Patria "el ser de la epopeya", para que en ésta viviera a través de los siglos repitiendo un epinicio al heroísmo del pasado, una valiente estrofa al esfuerzo del presente, un himno de esperanza y augurio al porvenir, y un salmo de adoración amorosa a Dios.

Por eso hemos escrito en la ofrenda que dejamos en su tumba estas cinco palabras: "Al Poeta de la Patria", a quien condecoramos hoy por primera vez, en esa placa, con la insignia de la ACCION CATOLICA.

Discurso del Sr. Julio C. Pandolfo

LA Juventud Católica concurre hoy junto a la tumba del poeta de la patria, a expresar sencillamente su afecto que la separación de la muerte no ha mermado, sino que, por el contrario, ha afirmado. Mejor dicho: esa separación ha substanciado tal afecto en cauces más nobles.

El tiempo, que a veces es un gran purificador, ha depurado ese afecto de todo lo que pudiera contener de vago sentimentalismo. Queda hoy, fuerte, real, permanente, firme, un sentimiento substancial del cual pretendemos dejar testimonio —modesto testimonio— en este acto y por medio de esta placa recordatoria.

Nuestras escasas fuerzas no han podido el merecido homenaje más amplio. A otros corresponde procurar el monumento que, por lo menos la justicia, pero mayormente la gratitud, deben a Zorrilla de San Martín el múltiple: múltiple por poeta y poeta por jerarquía del espíritu y de la inteligencia; múltiple por historiador, e historiador por su capacidad privilegiada de Dios para analizar y comprender; hombre religioso y, más que eso, (y perdonad la expresión) un hombre ejemplar para los hombres religiosos por haber sido un religioso con ideales religiosos; múltiple por profesor, y profesor con amor y por amor a la verdad y a la belleza; múltiple por padre y cabeza de familia, y ejemplo en ese sentido del culto al deber y a la responsabilidad del hombre en la tierra, ejemplo tanto más destacable hoy,

en que la bajeza de la ética social que vivimos limita el aporte de nuevos seres necesarios a la grandeza de la patria, como si ellos fueran venenos que hay que dosificar.

Y así como estas podríamos extender las facetas de la personalidad de Zorrilla en sus variadas actuaciones de su personalidad: en lo puramente individual; en lo que es un deber de calificar de santamente familiar que fué su hogar, y en lo social. La lucha de ideas, las aspiraciones sociales, la política en todo lo noble que esta contiene para aquellos que la comprenden de acuerdo a ese sentido realizador del bien común que aconseja la doctrina social de la Iglesia, todo eso, lo tuvo a veces como soldado, y muchas veces como capitán.

Zorrilla de San Martín fué el hombre de la permanente milicia del espíritu, por eso la Juventud Católica lo estima como uno de los que ha sido siempre suyos.

La palabra "juventud" tiene dos acepciones: una limitada por la noción del tiempo, y que por eso mismo podríamos afirmar que es un concepto materialista de lo que significa juventud; otra —que es la fase espiritual del concepto— significa más propiamente esa manera de servir perennemente el ideal.

En este sentido Zorrilla trasciende la muerte y vive en la juventud de hoy; y vivirá en la de mañana en una actuación plena del sentido de su escudo familiar "Vivir se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte".

Hay tal fuerza —no “ha habido” sino que “hay”— hoy tal fuerza en la vida de Zorrilla, tal plenitud de espiritualismo y tal integridad de sentido religioso en la vida, en el arte, en la belleza, y en la acción, que no es la primera vez que la Juventud Católica se personifica en él como el emblema de su ideal.

Fué en 1925 cuando la Juventud Católica de entonces, en mérito a los trabajos realizados, fué condecorada por el actual Papa Pío XI con la medalla Benemerenti. Su presidente, entonces el Sr. Esc. Avelino G. Brena, recibió del Excmo. Sr. Arzobispo la medalla y en un discurso entusiasta e inspirado, recordando todo el ejemplo y todos los trabajos de las generaciones anteriores, consideró un deber de gratitud y de justicia —transcribo sus palabras— “que yo deposité sobre el pecho de esos vuestros maestros que nos enseñaron a ser grandes, de los jóvenes de ayer, de los que habiendo sido los primeros en la piedad, en el sentido, en la acción y en el sacrificio, deben ser también los primeros en la compensación y en la gloria”.

Había que indicar quién personificaría a todos, y el indicado por unánime aclamación fué el Dr. Zorrilla de San Martín. Al imponerle la medalla, estas fueron las palabras del escribano Avelino C. Brena:

“¡Juventud!” Señores de la guardia vieja: en el poeta de vuestra etapa y de vuestro afecto; en el poeta cristiano y patriota, la Juventud Católica del Uruguay, puesta de pie, se despoja por un instante de su trofeo y colocándolo en el pecho del cantor de la Patria, condecora en él vuestro pasado glorioso”.

Y en verdad, jóvenes católicos del Uruguay, que en este momento en que nos reunimos junto a Zorrilla de San Martín, una vez más constatamos que vemos en él la personificación de nuestro ideal.

En esta hora de negaciones que vivimos, varias corrientes de ideas destructoras y opuestas pretenden arrasar los conceptos de patria, familia y religión que tan cristianamente interpretó Zorrilla y que forman ese pasado glorioso que se pretende destruir y que es una herencia de valores de espíritu y de inteligencia que debemos no sólo custodiar sino aprovechar y hacer servir espiritualmente para el porvenir de nuestra patria.

No es destruyendo el concepto de patria como se sirve a Dios y como se lucha por el bienestar colectivo de este conglomerado de familias, unidas por la misma tradición, la misma cultura y la misma honestidad social

que caracteriza al Uruguay. Ni es haciendo de la patria un ideal de aislamiento racial o étnico, ni de la bandera un distintivo de oposición, ni de las fronteras una marca de separación.

Se construye patria, se la da cultura y se la dota de influencia social e internacional para que sea un valor eficiente en el mantenimiento de la paz y de la concordia: orientando el vivir colectivo hacia la actuación de una neta inspiración cristiana en lo individual, en lo familiar y en lo social.

En ese sentido Zorrilla de San Martín fué uno de los pocos grandes constructores. La alborada de nuestra patria fué una alborada de luchas y de sacrificios, de sangre vertida con nobleza y con heroísmo, que Zorrilla estudió con corazón de cristiano comprendiendo todo lo que había en aquella epopeya libertadora, de fuerza creadora, de ideales de justa libertad. Eso aparece en primer plano en sus estudios históricos, y la palabra “patria” se sublima como foco inspirador de un sano y noble derecho social y de una santa función del espíritu, políticamente libre de regirse y de buscar así, de superación en superación, los caminos que Jesús indica en el Evangelio “sed perfectos como es perfecto Vuestro Padre que está en los cielos”.

Patria, así considerada no es un concepto absolutamente guerrero. Lo guerrero no es nada más que aquel medio imprescindible para construir en la paz un nuevo orden espiritual y social.

Por eso la obra histórica de Zorrilla por cima de todo es orientadora para que los pueblos abracen y cumplan la responsabilidad social que les compete, y, su obra literaria y filosófica está destinada principalmente para inculcar en los individuos ese miraje superior que eleve a los espíritus; y su actuación social y política es un ejemplo de realización práctica que la juventud ha recogido y vive.

Y, porque vive ese ejemplo, esa cultura y esa orientación, es porque nosotros, juventud católica, pronunciamos con devoto afecto la palabra “patria” centro de solidaridad social, de responsabilidad fraternal, de tradición espiritual y religiosa.

Al depositar este modesto testimonio de homenaje, la juventud católica promete ser la efectividad de esa vida que perdura en la muerte, según reza el nobiliario lema familiar: “Vivir se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte”.